

»de: ¡Vivan nuestros ilustres prelados! ¡Viva la religion!
 »¡Viva la Regencia!

»Al llegar los coches á la boca-calle que conduce á la
 »parroquia, el pueblo se dispersó por todas partes para sa-
 »lir adelante y llegar primero á la iglesia. En fin, llega-
 »ron al templo y se cantó un solemne *Te-Deum*.

»Hoy sigue el pueblo dando pruebas de su afecto á sus
 »prelados y de adhesion al Imperio con una corrida de to-
 »ros por los obreros de la fábrica de Cocolopam, y sin la me-
 »nor intervencion por parte del ayuntamiento, tiene listos
 »para esta noche sencillos y vistosos fuegos artificiales.»

1863. Los habitantes de Puebla entre tanto hacian
 Setiembre. grandes preparativos para recibir al ilustre
 prelado con no menos muestra de regocijo que los vecinos
 de Orizaba. Considerable número de personas marcharon
 de Méjico para presenciar la entrada que en aquella her-
 mosa ciudad se le disponia. Yo que anhelaba juzgar por
 mí mismo de los hechos para pintarlos con la verdad que
 corresponde al escritor de conciencia, marché tambien de
 la capital para ver la recepcion que se le hacia, y confieso
 que jamás he presenciado entusiasmo mas vivo que el
 mostrado por todas las clases de la sociedad de Puebla á
 los arzobispos y obispo que volvian de su destierro.

La entrada se verificó á las cinco de la tarde del domín-
 go 27 de Setiembre. Quien haya presenciado aquella bri-
 llante recepcion, no podrá menos que afirmar que era
 profundo el sentimiento religioso que animaba en aquella
 época á la gran mayoría de la sociedad mejicana. Mas de
 veinte mil personas de todos sexos, clases y edades, ocupa-
 ban el tránsito por donde debian pasar los prelados que

volvian á su patria para ocupar los mas altos puestos de
 la iglesia en Méjico. Los balcones, adornados con lujosas
 colgaduras y llenos de señoras elegantemente vestidas,
 remedaban otros tantos jardines aéreos, embellecidos de ex-
 plendentes flores, que, acariciadas por las auras de la vivifi-
 cante fé, desplegaban todos sus hechizos para patentizar el
 católico regocijo con que esperaban la vuelta del señor ar-
 zobispo Don Pelagio Antonio de Labastida, que entraba
 rodeado de las autoridades y de un inmenso pueblo que
 habia salido á recibirle á larga distancia de la ciudad. Una
 elegante portada y varios arcos de exquisito gusto se le-
 vantaban en la calle del Alguacil Mayor, Mesones y Santa
 Teresa, ostentando sentidas y bien escritas inscripcio-
 nes, propias de aquel acontecimiento que tenia alborozada
 á la poblacion entera: las calles estaban alfombradas de
 flores, y las tropas francesas y mejicanas se miraban ten-
 didas en todo el tránsito por donde debian pasar los dis-
 tinguidos prelados. Un repique á vuelo en todas las igle-
 sias de la poblacion y el estruendo de millares de cohetes
 despedidos de las azoteas del barrio del *Alto* se dejó oír en
 el instante que llegaron á las puertas de la ciudad. Una
 larga hilera de coches se dejó ver á poco por el rumbo de
 San Francisco. Eran los carruajes en que iban el cabildo
 eclesiástico, el ayuntamiento y varios personajes de lo mas
 distinguido de la ciudad. De repente se descubrió sobre el
 ligero puente de San Francisco, un gentío inmenso de
 hombres, victoreando á la religion y moviéndose despacio
 y en confuso tropel. Era el pueblo que habia corrido á la
 puerta de la ciudad, y que desunciendo las mulas que lle-
 vaban las carrozas de los tres ilustres prelados, conducia

casi en el aire los elegantes carruajes de sus queridos pastores, que en vano les suplicaban que no se molestasen. No bien se acercaron los favorecidos prelados á la calle del Alguacil Mayor, donde habia hecho alto el numeroso y distinguido cortejo, cuando bajaron de sus carrozas, pisando sobre una alfombra de olorosas flores, y recibiendo una lluvia de versos, de coronas y de menudas hojas de plata y oro volador, bajo la cual emprendieron su marcha hácia la suntuosa catedral, donde al llegar se cantó un solemne *Te-Deum*. (1)

Despues de haber permanecido algunos dias en Puebla, continuaron su camino hácia la capital, á donde entraron el 11 de Octubre con las mismas manifestaciones de regocijo de parte de la poblacion, pudiéndose decir que el viaje desde Veracruz hasta Méjico fué una ovacion continuada y espontánea, que revelaba claramente el espíritu religioso de que estaba animada aquella sociedad, en general.

Pocos dias antes de que el arzobispo de Méjico D. Pelagio Antonio de Labastida hubiese desembarcado en Veracruz y recibido las manifestaciones de aprecio que dejo referidas, el mariscal Forey pasó revista, el 7 de Setiembre, á la division mejicana del general Don Tomás Mejía que se preparaba á abrir la campaña del interior. La revista se verificó en el espacioso Paseo Nuevo. El mariscal

francés quedó complacido del aire marcial de aquella tropa, la dirigió una entusiasta arenga, y la manifestó su sentimiento de no poder acompañar-

(1) Casi son las mismas palabras con que entonces describí la entrada de los prelados, cuyo artículo se publicó en el periódico *El Pajaro Verde*, y que reprodujeron otros periódicos.

la en la próxima campaña del interior, por la precision que tenia de obsequiar el deseo de su emperador de volver á Francia. Con efecto, pocos dias despues hizo entrega del mando al general Bazaine, y el dia 30 de Setiembre dirigió una proclama despidiéndose de los mejicanos, manifestando en ella sus deseos por la felicidad del país. Les decia en ella, que por la última vez les dirigia la palabra y era para despedirse de ellos; que el emperador, dando por concluida la mision que le habia confiado en Méjico, le llamaba á Francia; que aquella determinacion de su soberano no debia causarles ningun temor sobre el resultado final de la empresa, en la cual iba á cesar de tomar parte, porque esto no argüia ningun cambio en la política del emperador; que les quedaba el ejército, y á su frente un general en quien podian tener toda confianza: que antes de desprenderse del mando del cuerpo expedicionario, hubiera querido que todos sus deseos se hubiesen visto cumplidos, viendo los partidos opuestos reunidos en uno solo; el partido de la nacion entera; que el conseguir constituir este partido habia sido su ambicion; y que si aun no se habia realizado, llevaba la esperanza de que aun los que habian dudado de las intenciones rectas de la intervencion, desvanecido su error, abrazarian el órden establecido. «Adios, mejicanos,» continuaba diciendo: «Parto lleno de confianza en el porvenir de vuestro hermoso país, por la dicha del cual no cesaré de hacer votos, feliz y orgulloso de haber ayudado á la grande obra de su regeneracion, que la Providencia llevará á cabo.

«Unios, pues, en un mismo sentimiento, el de la con-

»cordia. Es el ferviente deseo que os dirigiré desde la nave
»que me llevará para Francia.»

Que el mariscal Forey abrigaba la convicción de que la nación entera se uniría muy en breve al nuevo gobierno, se demuestra claramente en una carta que con fecha 14 de Setiembre dirigió al emperador Napoleón: «Bien que la mayoría de los Estados,» le decía en ella, «no haya dado aun su adhesión al voto de la Asamblea de notables, esta adhesión puede considerarse como efectiva. Basta para convencerse de ello, el ver lo que pasa allí donde los soldados de Juárez han dejado el puesto á los nuestros: en el momento que las poblaciones se ven libres del temor de los primeros, vienen hácia nosotros con entusiasmo, y sin que tengamos necesidad de pedírsela, su adhesión no se hace esperar. Ni siquiera es necesaria la presencia de nuestras tropas; basta que los juaristas no estén ahí, para que la monarquía sea proclamada.»

»El número de las localidades que la reconocen aumenta cada día sin presión alguna por parte nuestra; y como es fácil juzgar de la opinión de las provincias en que no flota aún nuestra bandera, por la que anima á los que pueden comparar el régimen actual con el antiguo, es menester concluir de esto, que el día en que nuestros soldados aparezcan en el interior, donde se les llama á gritos como á libertadores, todo el país, con raras excepciones, aclamará al nuevo gobierno y á su augusto jefe.

»Los habitantes de las ciudades que poseen y que, como en todos los países del mundo, viven de orden y de paz, nos acogen con felicidad y nos cubren de flores.»

Arregladas las cosas de su viaje, el mariscal Forey sa-

lió de Méjico para Veracruz, donde debía embarcarse para su país. Le acompañaron hasta la puerta de San Lázaro, el nuevo jefe del ejército francés, general Bazaine, así como los generales de división y de brigada de la misma nacionalidad, con quienes iban mezclados los generales mejicanos Don Leonardo Márquez, Andrade, Bonilla y otros. En la puerta de San Lázaro por donde tenia que salir de la ciudad, le aguardaban las comisiones del ayuntamiento y de otros cuerpos. Arengáronle allí, cuando llegó, el prefecto político D. Manuel García Aguirre y el abogado Rodríguez de San Miguel, á nombre éste del consejo de la Regencia.

El mariscal Forey, contestó emocionado á los breves discursos que le dirigieron, con las siguientes palabras. «Cuatro meses han transcurrido desde el día en que en este mismo sitio recibia de vuestras manos las llaves de la ciudad. Si debí regocijarme de este acto, fué porque se dirigia no al soldado que entra en una ciudad conquistada, sino al amigo que venia á ayudaros á regenerar á vuestro país. En este espacio de tiempo, grandes cosas han sido hechas; pero mucho queda todavía por hacer: indudablemente antes de largo tiempo el país, por su corajura y patriotismo, logrará el fin á que aspira.»

»En cuanto á mí, señores, nunca olvidaré que he sido recibido y tratado en Méjico, no como extranjero, sino como hermano. Bajo la impresión de estos recuerdos es como os prometo ser vuestro intérprete cerca de mi soberano. El emperador no os abandonará en tanto que Méjico no haya alcanzado el grado de grandeza y prosperidad que debe esforzarse por conseguir, si quiere ocupar el

»puesto que le pertenece entre las naciones civilizadas.»

1863. Las mismas manifestaciones de aprecio hechas por las autoridades de la capital á Forey al salir éste de Méjico, le fueron hechas en Puebla, al pasar por esta ciudad, así como en Veracruz al embarcarse para Francia. La partida del mariscal Forey fué verdaderamente sentida por el partido conservador. Entre el jefe francés y la Regencia habia reinado la mayor armonía, y siempre caminaron de acuerdo. Forey escuchaba el parecer de los hombres que estaban al frente del nuevo gobierno mejicano y cedia fácilmente á las observaciones de ellos, cuando se convenia que el parecer de ellos, por el conocimiento que tenian de las cosas del país, era mas acertado que el suyo. Por esta razon vimos que cuando envió á decir al obispo Ormaechea, suplente del arzobispo Labastida en la Regencia, que era preciso variar el manifiesto que ésta habia dado, desistió de su idea al ver las sólidas razones que el prelado mejicano expuso, patentizándole que la Regencia no debia ni podia usar el lenguaje que él habia usado.

Mientras el mariscal Forey habia estado arreglando algunos asuntos relativos al ejército expedicionario, pocos dias antes de haber dejado la capital, para marchar á Veracruz, se habian verificado algunos hechos de armas que, aunque de poca importancia, daban á conocer la actividad con que obraban las fuerzas de uno y otro partido que estaban en campaña. El principal de esos encuentros fué el verificado en los primeros dias de Setiembre, entre el jefe conservador Don Remigio Tovar, jóven abogado de vasta instruccion, no menos que de conducta ir-

reprochable, y el guerrillero juarista Rojas, hombre de valor extraordinario, pero que, desgraciadamente, no estaba dotado de sentimientos de humanidad. Era el mismo á quien Don Santos Degollado habia puesto fuera de la ley por la muerte cometida en Blancarte despues de haber capitulado en Guadalajara, y á quien á poco tiempo perdonó porque juzgó que las circunstancias no eran las mas favorables para ejercer rigor ninguno con él.

Las fuerzas del jefe imperialista Don Remigio Tovar y las del valiente guerrillero Rojas, se encontraron en las inmediaciones de Mascota, una de las principales poblaciones del Estado de Jalisco. La accion fué reñida y sangrienta. La gente á cuya cabeza se hallaba Rojas era, en su mayor parte, de caballería, robusta, osada, diestra, como su jefe, en el manejo del caballo, y avezada á los combates. La de Don Remigio Tovar se componia de infantería bastante bien organizada y de alguna caballería. El número de combatientes con que cada jefe contrario contaba, era casi igual, y ascendia á dos mil hombres. El guerrillero juarista Rojas se lanzó sobre sus contrarios con el ímpetu que acostumbraba; pero recibido con un fuego graneado bien sostenido, se vió precisado á retirarse con sensibles pérdidas, dejando sobre el campo de batalla sus mas excelentes ginetes, replegándose á Talpa, tenazmente perseguido por la caballería contraria. La fuerza imperialista sufrió tambien bastantes bajas, y entre los heridos se contaba el mismo jefe Don Remigio Tovar á quien una bala atravesó la pierna.

El 27 de Setiembre, á las tres de la mañana, una fuerza de quinientos hombres, al mando de los jefes juaristas